

ESPACIOS SOCIALES, UNIVERSOS FAMILIARES. LA FAMILIA EN LA HISTORIOGRAFÍA ESPAÑOLA

Francisco Chacón Jiménez y Juan Hernández Franco (editores)
Universidad de Murcia, Murcia, España, 2007, 315 páginas.

Raquel Sánchez Ibáñez
Universidad de Murcia

Espacios sociales, universos familiares. La familia en la historiografía española es un libro de reflexión que, al igual que el buen licor, debe beberse en pequeños sorbos. Cada uno de los capítulos que lo integran, constituye un mundo, un universo que merece la pena ser conocido. Hay que leerlos, saboreándolos en su particularidad. Al final la sensación que queda es de satisfacción y también de optimismo puesto que si hay algo que esta obra denota, es la excelente salud que todavía hoy sigue gozando, a pesar de lo que algunos funestos agoreros quieren hacernos creer, la historiografía. En especial, la historia social que, además de las últimas tendencias teóricas que en la actualidad la están enriqueciendo, ha encontrado en la familia una herramienta analítica de alto valor conceptual. Evidentemente, la familia es el nexo de unión de los diferentes trabajos que componen este volumen que ha sido confeccionado para conmemorar las bodas de plata del Seminario *Familia y élite de poder* de la Universidad de Murcia. Decía la canción que veinte años no son nada: seguramente. Pero sí que lo son para un grupo de investigación que lleva veinticinco años analizando y reflexionando sobre la organización social del pasado y sobre el cambio histórico. Este cuarto de siglo de existencia evidencia una profunda inquietud intelectual, al tiempo que un alto grado de compromiso con la labor científica que le ha llevado a mantener una actitud aperturista ante las diferentes aportaciones con-

ceptuales y metodológicas que durante todo este tiempo han ido enriqueciendo la disciplina historiográfica.

La obra está estructurada en cuatro bloques. El primero de ellos se podría denominar como presentación. El segundo está centrado en el análisis teórico y conceptual, mientras que el tercero se ocupa de los grupos y actores sociales. Por último, el cuarto bloque se refiere a las fuentes. Son poco más de trescientas páginas, en las que el tercer conjunto ocupa prácticamente los dos tercios de la obra. Por el contrario, el último apartado, el dedicado a las fuentes, es el más exiguo ya que sólo cuenta con un único trabajo. Se trata de la aportación de Vicente Montojo sobre los fondos documentales nobiliarios e investigación sobre familias. En él, el autor llama la atención, no sólo acerca de la importancia que los archivos privados familiares pueden tener para el estudio social, sino que también invita a reflexionar sobre la forma en que estos fondos han sido conservados y catalogados, algo que puede ser de gran utilidad para comprender cuál era el sentido que se otorgaba a la familia en el pasado y comprobar cuáles eran los asuntos y aspectos que interesaban; en suma, para entender los mecanismos de transmisión y perpetuación que llevaban a cabo las familias. Este apartado de las fuentes queda un poco escaso y hubiera ganado bastante con la inclusión de otros trabajos que complementaran la valiosa aportación de Vicente Montojo.

El primer bloque del libro incluye, en primer lugar, la presentación que hizo el desaparecido don Antonio Domínguez Ortiz, en uno de sus últimos trabajos. Como siempre, el maestro de la historia social española disecciona con una sencillez envidiable, pero con una gran riqueza, los avatares sufridos por la familia en la historiografía española: desde la demografía histórica hasta la historia cultural y de las mentalidades, pasando por la historia institucional. Después, aparece la colaboración de Francisco Chacón Jiménez donde relata el periplo vital del Seminario *Familia y élite de poder* de la Universidad de Murcia. Puesto que se trata del alma de este proyecto y cabeza visible de este grupo de investigación, el profesor Chacón realiza un repaso a las actividades y al funcionamiento interno del Seminario,

pero también a la filosofía que lo anima. Estas páginas no pretenden ser autobombo, ni una sucesión de loas gratuitas. Lo que tratan de desvelar es el espíritu que impregna a este grupo de trabajo que, no se olvide, es de carácter universitario, por lo que combina la función pedagógica con la investigación científica. Todo lo cual se ha logrado a través de un componente fundamental: el diálogo, el intercambio de aportaciones y opiniones, que resulta imprescindible para avanzar en la teoría del conocimiento. Esto se puede comprobar en los apéndices elaborados por Raquel Sánchez Ibáñez donde quedan reflejados todas las personas que han pasado por el Seminario, así como la producción bibliográfica generada en estos veinticinco años. A través de ellos, se aprecia la evolución de un grupo que no ha querido anclarse en la familia, sino que la ha utilizado como objeto científico para el análisis y comprensión de la sociedad del pasado.

Lo que se acaba de indicar, queda bien patente en las aportaciones que componen el segundo bloque del volumen y que atañe a las cuestiones conceptuales. Si bien todo el libro es interesante, la lectura de este apartado es obligatoria e inexcusable ya que en él se revela a la perfección el dinamismo intelectual que impregna al Seminario *Familia y élite de poder*. No es casual que sean sólo dos los artículos que lo componen puesto mientras que uno de ellos se ocupa de la familia, el otro trata de las élites, es decir, los dos componentes analíticos principales de este grupo de investigación. En el primero de los dos trabajos, Francisco Chacón reflexiona sobre los conceptos de familia, casa y hogar; analiza su evolución semántica y la estrecha relación e interconexión entre las palabras y las realidades propias a las que aluden, algo que va modificándose con el tiempo, fruto de los distintos contextos históricos. Todo esto le sirve para justificar epistemológicamente la validez de la categoría familia para la explicación del cambio histórico. La clave está en plantear nuevos conceptos pensar formas variadas y diversas de relaciones familiares y de la relación individuo-familia-comunidad; de este modo, concluye que la familia se convierte en uno de los mejores laboratorios de experimentación científico-social para lograr la comprensión del proceso social y su evolución en el tiempo.

Pedro Carasa se ocupa del estudio de las élites en un trabajo de un gran rigor conceptual. Comienza trazando las dificultades a las que se ha enfrentado la historiografía española para analizar el poder en la sociedad liberal. Tras examinar la insuficiencia e incapacidad de conceptos tales como burguesía, aristocracia o notables, aboga por la renovación de las herramientas conceptuales todavía útiles, así como por la incorporación de otras nuevas. De este modo, preconiza el uso del concepto élites, tras haberlo sometido a una profunda crítica, destacando su componente relacional. Así, para Carasa la élite es una categoría suprapersonal, desde la cual se ejercitan ciertos niveles de poder, pero no es el proceso de su ejercicio. Es un concepto neutro ideológicamente, pero de gran riqueza metodológica que permite detectar la subordinación social y el monopolio del poder político. De ahí que la prosopografía sea uno de los instrumentos analíticos preferidos para descubrir las redes individuales y sociales del poder. Al final, todo se traduce en una concepción del poder más social, rica y polivalente, al descargar de materialidad económica la naturaleza del poder y cargándolo de mayor contenido simbólico y cultural, y en que la familia va a ser una de las principales constructoras del poder político.

El tercer bloque, dedicado a los grupos y actores sociales, es, como ya se ha dicho, el más largo, constituye el núcleo principal del volumen. Por esto, hubiera sido deseable que el apartado conceptual hubiera incluido un tercer trabajo que hubiera analizado de forma conjunta sobre esta problemática. Con todo, esto no queda sin tratar porque las diferentes aportaciones se van a ir ocupando según traten sus respectivas temáticas. Pues, no en vano, la mayoría de estos trabajos consisten en el análisis de la producción historiográfica española que relaciona la familia con los grupos y actores sociales; en ellos, se habla de las líneas de trabajo emprendidas, de los avances realizados y, a veces, de las posibilidades del futuro. Pocas innovaciones, por tanto, se pueden hallar en ellos. Pero sí, por el contrario, muchas invitaciones a la reflexión teórica, conceptual y metodológica. Los estados de la cuestión, como se hallan en estos textos, tienen la gran virtud de ofrecer un panorama evolutivo que contribuyen a

comprender mejor la situación analítica actual. Además, no sólo proporcionan una inmensa bibliografía sometida a crítica, sino que también facilitan pistas para futuras investigaciones.

Un par de trabajos inciden en el ámbito rural. El primero de ellos, firmado por Francisco García González analiza la producción historiográfica en torno a la familia en el espacio rural; traza un cuadro en que menciona los frutos que se recogieron con la aplicación del método de reconstrucción de familias con magníficos resultados para variables como la nupcialidad y fecundidad en pequeñas comunidades. Luego, señala cómo la adopción del análisis de los agregados domésticos abrieron un camino que habría de derivar en estudios que combinaban los aspectos económicos y sociales para explicar las familias rurales, sobre todo a partir del binomio matrimonio-patrimonio y del estudio de las estrategias familiares. Todo lo cual le sirve a García González para ofrecer interesantes propuestas teóricas que pasan, en primer lugar, por privilegiar la dinámica temporal y el análisis del cambio histórico, incluyendo las permanencias y resistencias; después de desdeñar la oposición que tan frecuentemente se halla en la historiografía entre mundo rural y mundo urbano, definiendo su complementariedad, al tiempo que señala la necesidad de combinar las perspectiva macro y microanalíticas, así como evitar el uso mecánico del concepto de estrategia. En fin, reclama para la familia el estatus de vía privilegiada para el estudio de las relaciones sociales en el campo, algo fundamental para acabar con la imagen idílica de un mundo rural igualitario.

Por su parte, David Martínez López se ocupa del estudio de las prácticas hereditarias de la sociedad rural andaluza durante el siglo XIX. Se trata de un trabajo que se convierte en un complemento perfecto del trabajo de Pedro Carasa, dada la correspondencia temporal y porque trata una cuestión fundamental como es la conformación de los patrimonios que tenían su base en la propiedad de la tierra. Pues bien, el autor, tras lamentar el escaso interés de la historiografía contemporaneista española hacia la herencia, demuestra la enorme importancia que tienen las conexiones entre sociedad y sistemas hereditarios y familiares. El marco legal hereditario vigente en

Andalucía imponía la herencia divisa, si bien el sistema de mejoras y el quinto de libre disposición permitían variadas opciones de reparto. Así, después de constatar que la mayoría de los grupos sociales respetaron la proporcionalidad hereditaria, establece que lo anterior no impidió mayores transferencias hacia uno o varios sucesores, como podían ser los primogénitos y los varones de mayor edad; modelo que se dio entre las familias de las élites agrarias andaluzas. Pero esta posibilidad también fue contemplada entre los labradores acomodados o los pequeños propietarios, e incluso hubo casos entre las familias de pegujaleros y jornaleros. En fin, las élites agrarias se adaptaron a las nuevas condiciones del mercado e hicieron de la familia nuclear el medio para lograr la protección patrimonial y la perpetuación social.

Como opuesto al campo, se puede aludir al mar. Y es precisamente el ámbito marítimo al que prestan atención Marina Alfonso Mola y Carlos Martínez Shaw en un trabajo donde se ocupan de las relaciones sociales generadas en torno al mar. En efecto, tras realizar un rápido repaso sobre la evolución que ha experimentado la historia marítima, y que la ha llevado a asumir nuevos planteamientos, pasan a ocuparse de la historia social de los marineros. Sobre su origen y extracción social, son plenamente conscientes de que las localidades costeras constituían el principal vivero de los marineros. Pero señalan la necesidad de conocer mejor los vínculos y relaciones familiares o el acceso al matrimonio, al tiempo que se interrogan sobre la incidencia que sobre todo esto pudiera tener la escasa consideración social de los oficios del mar. Por otra parte, indican que una vía de análisis fructífera sería el estudio de las relaciones sociales generadas en torno a los barcos, desde la propia convivencia en las duras condiciones de la travesía hasta la firma de los contratos de tripulación, pasando por las formas de sociabilidad que podían generarse en las manifestaciones religiosas y la participación de las cofradías de marineros y que informarían sobre la religiosidad y prácticas culturales de este colectivo, a menudo olvidado por la historiografía.

Paloma Fernández Pérez y Juan Carlos Sola-Corbacho en su trabajo sobre los comerciantes llaman la atención sobre la importan-

cia que la familia tuvo en la dinámica económica del mundo hispánico. A fin de cuentas, como ellos señalan, el negocio mercantil fue considerado un “asunto de familia”. En efecto, las casas mercantiles se estructuraban a partir de las relaciones de parentesco, ya sean en el ámbito local, ya en el comercio a larga distancia. Además, la endogamia de este sector socioeconómico se tradujo en la existencia de vínculos familiares entre sus diferentes componentes. En su aportación, estos autores repasan el maridaje entre historia social e historia económica que ha posibilitado el estudio de las familias de comerciantes. Así, señalan la importancia de los estudios sobre las redes familiares en el desarrollo de los lazos mercantiles, o bien destacan el papel que la mujer jugó en no pocas de las actividades comerciales, algo todavía poco estudiado.

Enlazando inmediatamente con lo anterior, encontramos la sugerente aportación de María Victoria López-Cordón sobre la relación entre mujer y familia. Comienza señalando que la historia de las mujeres y la historia de la familia, a pesar de no haber mantenido contactos frecuentes, están condenadas a entenderse puesto que son muchos los puntos de interconexión, tal y como ya ha sido puesto de manifiesto por numerosos trabajos. La profesora López-Cordón señala que la historia de las mujeres ha contribuido al estudio de la familia, por lo menos, en tres cuestiones: el cuestionamiento de la idea de domesticidad, el descubrimiento de la conflictividad familiar y la introducción del concepto de género. Mientras que la historia de la familia ha aportado a la historia de las mujeres, la importancia del parentesco y del linaje en las relaciones sociales, el peso de los sentimientos y la ampliación del concepto familia, al incluir también los lazos de amistad, solidaridad e interés de vecinos y parientes; todo lo cual ha servido para ensanchar la influencia femenina en muy distintos niveles. A continuación, la autora señala cómo son varias las vías de análisis donde pueden confluir la historia de las mujeres y la familia: el estudio del hogar y las relaciones familiares, con asuntos como la edad de acceso al matrimonio o las conductas sexuales dentro de la familia; el papel de las dotes y la conformación de los patrimonios familiares, así como los sistemas hereditarios, las

relaciones de jerarquía y dependencia, así como los roles y funciones, de los distintos componentes de la unidad familiar, prestando atención al asunto de las mujeres solas, esto es, mujeres que ejercen como cabezas de familia. En fin, aboga por llegar desde el estudio de la familia a un mejor conocimiento de las relaciones de género.

Al igual que con el trabajo anterior, la aportación de Fernando Martínez Gil y Alfredo Rodríguez González tiene un alto sesgo teórico ya que tratan de aunar el estudio de la familia con los avances que han conocido la historia de las mentalidades y la historia cultural. A este respecto, comienzan su trabajo con una mención a la incorporación de los sentimientos al análisis histórico, señalando cómo se entendió la revolución romántica como un golpe al modelo familiar basado en la familia-linaje, toda vez que suponía un avance del individualismo. Esto les sirve para introducir las grandes dificultades que han tenido las mentalidades y la cultura para introducirse en el análisis de la familia del pasado. Sin embargo, defienden las grandes posibilidades que ofrece este tipo de perspectiva, ya sea desde la historia de las mentalidades, la microhistoria o la historia cultural. Lo cual ha permitido la incorporación de construcciones teóricas que pueden contribuir de manera importante a la historia de la familia, como pueden ser los conceptos de reproducción social, representación o conflicto, por no señalar un renovado acercamiento a las fuentes. De esta forma, es posible un acercamiento cultural a la familia a través de nuevas orientaciones que tengan presente el peso de lo emotivo, el imaginario, el inconsciente o las conductas. De este modo, familia y mentalidad se han encontrado en temas como la religión, la cultura, la muerte, el matrimonio, la infancia y la vida familiar y es seguro que seguirán haciéndolo en el futuro en éstos y otros asuntos.

Antonio Irigoyen López se ocupa de analizar la relación entre clero y familia. No le interesa calibrar la influencia que las ideas religiosas y la Iglesia han tenido en la institución familiar sino analizar las relaciones familiares del clero, en tanto que grupo social. Tras advertir la poca tradición que han tenido los estudios sociales del clero hispano, señala que esta tendencia se está invirtiendo en los últimos años, lo cual ha generado una serie de trabajos que se están

ocupando de analizar a uno de los grupos sociales con mayor influencia en el Antiguo Régimen. De este modo, señala que asuntos como el ingreso en el clero se pueden explicar desde la perspectiva de la historia de la familia utilizando, por ejemplo, herramientas conceptuales como las estrategias familiares, toda vez que el clero fue contemplado como una alternativa interesante para los distintos grupos sociales. Por otra parte, le interesa destacar las relaciones que se establecieron entre los eclesiásticos y sus familias, indicando cómo aquéllos se convirtieron en importantes focos de protección para sus parientes.

Desde el clero, se puede pasar al otro estamento privilegiado del Antiguo Régimen: la nobleza, de cuyo estudio se ocupan Juan Hernández Franco y Sebastián Molina Puche. En realidad, ellos eran los que lo tenían más fácil, en la medida que el estudio de las familias de los grupos de poder ha gozado de cierto predicamento. Sin embargo, al constatar este hecho, ambos autores opinan que se ha producido una fuerte heterogeneidad metodológica a la hora de abordar el estudio de lo que ellos llaman las familias dominantes. Así, se encuentran desde trabajos de naturaleza demográfica hasta los de inspiración antropológica o sociológica y esta pluralidad se debe al crecimiento desordenado de la producción historiográfica. Los trabajos sobre las familias dominantes ponen de manifiesto que su principal aspiración es la de continuar situados en la cúspide del sistema social: “mantenerse arriba”. Por todo ello, no puede extrañar que los autores reivindiquen la necesidad de construir una historia social de las familias dominantes que deberá articularse en torno al análisis de cuestiones tales como la reproducción social, las estrategias y las alianzas familiares o las redes de relación social. Con este bagaje conceptual se podrá conocer mejor las conductas y comportamientos de unas familias dominantes cuya principal preocupación era mantener su posición, función y estatus diferenciados.

En conclusión, estamos ante una obra de un alto interés y de gran valor para conocer la trayectoria que han seguido los estudios históricos de la familia en España durante un cuarto de siglo. Lo que nos demuestra esta obra es que, a pesar de lo ya realizado, todavía

queda mucho por hacer. Para corroborarlo, quizás dentro de otros veinticinco años, podamos escribir otra reseña como ésta para celebrar las bodas de oro del Seminario *Familia y élite de poder* de la Universidad de Murcia.